

ECONOMIA Y ETICA

Eduardo J. Ortiz

El título abarca demasiado. En realidad este artículo se va a limitar a reflexionar acerca de los alcances y límites de los recientes documentos eclesiológicos cuando hablan sobre economía.

El tema últimamente se ha hecho recurrente. Bastaría con recordar el "Mensaje de los Obispos al pueblo de Venezuela ante el grave problema del desempleo" (enero 1986) o con motivo del año de la Vivienda (julio 1987), la Carta Pastoral de los Obispos de Estados Unidos que lleva como título "Justicia económica para todos: la Doctrina Social Católica y la economía de Estados Unidos" (noviembre 1986), o el Documento Vaticano de la Pontificia Comisión Justicia y Paz "Al servicio de la Comunidad Humana: una consideración ética de la deuda internacional" (enero 1987) (1)

SOLIDARIDAD E INEFICIENCIA

Una característica común a los tres documentos arriba citados consiste en su parcialidad evangélica. Todos ellos consideran los problemas desde la perspectiva de quienes sufren las consecuencias del (des)equilibrio actual. Los Obispos Venezolanos se sienten motivados por "esta lamentable situación que afecta a millones de compatriotas nuestros", y los de Estados Unidos por "la angustia de nuestras hermanas y nuestros hermanos que son pobres, sin empleo, sin hogar, marginados".

Otra característica de este tipo de documentos, en la que nos vamos a fijar con más detalle en este artículo, es por otra parte su ineficiencia.

En reacción al Documento de los Obispos de los Estados Unidos James L. Johnston, en un artículo difundido por El Diario de Caracas (18/4/87), se lamenta de que "en esta época resulta bien difícil ser a la vez un buen católico y un buen economista". En Venezuela se guardan mejor los modales. Todos los sectores alaban el documento, varios de ellos sin haberlo siquiera leído, pero como se está viendo en la realidad ninguno de ellos tiene intención alguna de ponerlo en práctica.

Lo que tendríamos que analizar es si esta inefectividad se debe al egoísmo o a la mala voluntad de los que manejan la e-

conomía, o si los mismos documentos son parcialmente responsables de su poca receptividad.

Sin descartar lo primero, vamos a fijarnos en las limitaciones intrínsecas al lenguaje eclesiológico sobre economía que esteriliza sus propuestas.

Claro que con esto no se intenta desalentar los pasos dados, sino señalar nuevos caminos por los que avanzar.

UN POCO DE HISTORIA

Toda esquematización es simplificada y no hace debida justicia a la compleja realidad que quiere describir. Pero por otra parte estas esquematizaciones resultan imprescindibles si se quiere captar la columna vertebral de los procesos.

Utilizando uno de estos esquemas podríamos decir que la enseñanza cristiana sobre materias económicas ha sufrido una transformación sustancial a fines del siglo pasado, y ahora estaría llamada a encarar una transformación semejante si quiere responder a los nuevos desafíos de la actualidad.

Hasta el s.XIX, dejando de lado las declaraciones claramente antievangélicas y favorecedoras del poder, que también las hubo, las referencias eclesiológicas a los problemas económicos tenían las siguientes características.

Partían de una constatación del sufrimiento de las mayorías, pero muchas veces no captaban las causas humanas de esa situación. Con frecuencia veían las diferencias sociales como ineludibles, y hasta como reflejo de un orden misterioso querido por Dios.

En los casos en los que se percibía el componente social de la injusticia (lo de que "la propiedad es un robo" lo había sugerido San Basilio catorce siglos antes de Proudhon) se demostraba un desconocimiento absoluto del funcionamiento de las relaciones económicas. No se dice esto en tono de reproche, ya que ésa era la condición común a todos los pensadores de la época, pero sí se quiere constatar un hecho innegable.

Quizás la manifestación más flagrante de esta desconexión con la realidad la suministra la oposición secular de la Iglesia al cobro de intereses.

Surgida de una preocupación enco-

miable por la situación deprimida de los eternos endeudados, desconocía el significado del dinero y cerraba el camino a una nueva estructuración de las relaciones económicas que, sin ser una panacea definitiva, suponía un avance decisivo en el progreso de la humanidad.

Por la misma razón, las soluciones propuestas en esta primera época eran asistencialistas. Se trataba de aminorar las desigualdades a través de las limosnas. En casos extremos, simbolizados por las órdenes religiosas en sus primeros años de existencia, se proponía un igualitarismo heróico inviable como propuesta universal de convivencia. El hecho mismo de que con el paso del tiempo todas las órdenes religiosas se fueran enriqueciendo paulatinamente indicaba asimismo que había dimensiones ocultas del funcionamiento del sistema que se escapaban a los fundadores y a los ascetas.

Quizás el protestantismo dio un paso decisivo a nivel de doctrina social con el nacimiento del capitalismo a cuyo auge él mismo contribuyó. Pero a grandes rasgos podemos decir que a la doctrina social católica este hecho trascendente le pasó de lado. Se le impuso sin que lo aceptara, ni lo comprendiera, ni lo asimilara.

Es a finales del s.XIX, en gran parte como reacción tardía a la "apostasía del proletariado", que encontró en Marx la voz profética que la Iglesia había perdido hacía tiempo, cuando los Sumos Pontífices comienzan a comprender el capitalismo (aunque no el socialismo) desde dentro, y tratan de responder en un lenguaje nuevo a las exigencias históricas de la nueva situación.

Es así cómo, con titubeos y retrocesos, se va tejiendo la cadena de declaraciones que, a partir de la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII (1891) hasta los documentos que hemos mencionado al comienzo de este artículo, va eslabonando un sistema doctrinal cada vez más coherente y completo (2).

VOLUNTARISMO

A pesar del avance que supone esta postura frente a la situación anterior, todas sus conclusiones están apoyadas en un presupuesto que les quita casi toda su posible efectividad.

Estos nuevos documentos parecen estar convencidos de que los problemas económicos se pueden solucionar a base de buena voluntad. De ahí su carácter exhortatorio. Bastaría con que las personas siguieran los buenos consejos que ahí se les ofrecen para que la injusticia desapareciera progresivamente de la tierra.

Sin embargo, esta concepción muestra dos deficiencias sustanciales.

En primer lugar desconoce (o pasa por alto) la conflictividad de intereses sobre la que está estructurada la sociedad. En este mundo los derechos no se mendigan sino que se conquistan. Y toda llamada a la justicia que no esté apoyada en una fuerza social capaz de implantarla es un grito en el vacío. Los programas de acción (o las doctrinas sociales) sirven cuando existen las organizaciones que quieren y pueden cumplirlos, pero no crean por sí mismos estas organizaciones. Así como las instrucciones de uso ayudan a administrar una medicina pero no la fabrican.

En segundo lugar, este tipo de documentos tiene un límite mucho más grave. No sólo hay gente que está dispuesta a luchar para que no se cumplan, sino que incluso quienes están de acuerdo con su contenido se encuentran inmersos en unas estructuras económicas que les hacen prácticamente imposible obedecer a sus "deseos".

La misma Iglesia, en el funcionamiento diario de sus instituciones, se ve empujada a plegarse a las regulaciones implícitas del sistema para sobrevivir.

Puede estar preocupada por el desempleo pero, con la misma racionalidad que cualquier empresario capitalista, no empleará en sus propias obras más que al

personal necesario para manejarlas.

Puede estar de acuerdo con un alza de salarios, pero los colegios y universidades -probablemente las organizaciones bajo propiedad de la Iglesia con más personal- seguirán estrictamente las interpretaciones oficiales minimalistas sobre si el último aumento del mes de mayo es bono o es salario porque a ellos, como a cualquier empresario, el aceptar una u otra interpretación les supone muchos miles de bolívares que necesitan para crecer y aun para subsistir.

Quizás hay una diferencia esencial entre el funcionamiento del sistema capitalista a principios de siglo y en nuestros días, que los documentos sociales de la Iglesia no dan señales de haber percibido.

En tiempo de las empresas individuales o familiares, todavía era pensable exhortar a una persona concreta que renunciara al menos parcialmente a su tenor de vida o a determinado margen de beneficios para favorecer a sus empleados.

Pero en la época de las sociedades anónimas esto es absolutamente imposible. Una empresa que en condiciones similares de seguridad dé menos dividendos que sus contrincantes, pierde la confianza de los accionistas y se hunde.

Las autoridades monetarias de un país no hacen nada con exhortar a que cese la fuga de capitales. Tienen que ofrecer en su país condiciones de seguridad y eficiencia semejantes a las del país hacia donde éstos se fugan o, en caso de no poder hacerlo, tienen que establecer un control de cambio que impida la salida del dinero. Tampoco las exhortaciones morales del Episcopado a mantener el dinero en el país pueden dar resultado. Si se a-

premia al "buen administrador" éste terminará por concluir que no le es posible ser a la vez un profesional respetado y un "buen cristiano". Las presiones familiares y sociales le obligarán en consecuencia a optar por la primera alternativa.

De las dos deficiencias enunciadas en este apartado, son cada vez más los grupos cristianos que han percibido la primera. Por eso sectores importantes de la Iglesia trabajan en la organización popular como base indispensable para la creación de un mundo más justo y más humano.

Pero la segunda dificultad no parece haber sido advertida. Prácticamente nadie habla y actúa como si cayera en la cuenta de que la economía tiene una lógica propia que sólo se puede modificar desde dentro.

VER, JUZGAR, ACTUAR

Se atribuye a Monseñor Cardijn, fundador de la Juventud Obrera Católica (JOC), el mérito de haber ideado este sistema de análisis que después ha gozado de tanta aceptación. Tanto los Documentos Episcopales Latinoamericanos de Medellín como los de Puebla han trabajado con este esquema.

Sin duda esta nueva perspectiva abrió posibilidades insospechadas. En vez de enfascarse en disputas y cuestiones internas, la Iglesia comenzó por escuchar las preguntas que se le hacían desde el exterior e intentó ofrecer una respuesta. Esto supuso una ampliación enriquecedora de los temas a tratar y una nueva actitud a la hora de enfrentarlos.

Pero el método, tal como es empleado en los documentos eclesíasticos, tiene un enfoque que le quita gran parte de su valor.

A la hora de "ver", se mira y se escucha lo que ocurre alrededor. Pero en el momento de "juzgar" se vuelve a la colección propia de normas, principios y doctrinas.

Cuando el documento de los Obispos de Estados Unidos sobre la justicia comienza a reflexionar en torno a la situación de marginalidad y pobreza en el mundo, se remonta en seguida "en primer lugar a la orientación de las Sagradas Escrituras".

Pero éstas -seamos sinceros- tienen muy poco o nada que decir a nivel práctico sobre la forma de resolver los problemas actuales. Ofrecen únicamente perspectivas genéricas, condicionadas por una situación muy diferente a la que vivimos hoy.



En algunos momentos uno llega a preguntarse si tienen siquiera que ver con lo que se vivía entonces. Porque también en el fracaso de algunos profetas es parcialmente responsable su tipo de análisis.

Pongamos el caso del profeta Jeremías, que proclamó su mensaje en los años en que el reino de Judá estaba siendo anexionado por el imperio babilónico (s.VI antes de Cristo).

Su estrategia político-religiosa se apoyaba en dos principios: no aliarse con los egipcios (la otra gran potencia del momento) y rendirse a los babilonios.

Traslademos estas dos recomendaciones al momento actual. Pensemos en una invasión a Nicaragua por parte de los Estados Unidos.

Ningún patriota podrá escuchar a un "profeta" que aconseje no aceptar la ayuda que pueda prestar en ocasión semejante una tercera nación y rendirse mansamente a la Administración Reagan.

Claro que Jeremías tiene una reflexión teológica para fundamentar su propuesta. La ruina de Judá habría sido acarreada por sus propios pecados. Pero aún aquí nos podríamos preguntar si semejante teología no trataba de justificar lo inevitable, y no trabajaba con un esquema retributivo ingenuo -de premio para los buenos y castigo para los malos- que más de una vez quedaba hecho añicos frente a las contradicciones de la vida real ("Aunque tú, Señor, llevas la razón cuando discuto contigo, quiero proponerte un caso: ¿Por qué prosperan los impíos y viven en paz los traidores?" Jeremías 12,1).

Jeremías es uno de los profetas más grandes en la historia de Israel, y su testimonio literario resulta todavía hoy sobrecogedor. Pero sus propuestas políticas eran cuando menos discutibles. Al meterlo sus enemigos en la cárcel por desmoralizar a la "resistencia", difícilmente se les puede acusar de perseguirlo por motivos estrictamente religiosos.

No habría que insistir tanto en esto si no siguiera funcionando todavía, aun en sectores progresistas, esta mentalidad bíblico-política. Resulta sorprendente, por ejemplo, ver cuántos de los teólogos latinoamericanos más lúcidos acuden al simbolismo del año sabático para enfrentar el actual problema de la deuda.

Ante la creciente desigualdad de la sociedad antigua de Israel, el año sabático pretendía que cada siete años se restituyeran todos los bienes a sus poseedores originales y se volviera a comenzar de cero el proceso de acumulación. Un tiempo más tarde, ante la imposibilidad de llevar a la práctica semejante propuesta, se



alzó un poco la exigencia procurando que ésta se diera al menos cada cincuenta años (cada semana de siete años). Tampoco la nueva modalidad tuvo ningún éxito ni podía tenerlo. Entonces como ahora los deudores morosos, en caso de carecer de fuerza para resistir, tenían como única arma hacer comprender al acreedor que su destrucción total les iba a acarrear más perjuicios que beneficios.

Quizás en algún tiempo se pudo enumerar entre los perjuicios y beneficios la condenación o salvación eterna. Pero hoy para cambiar el comportamiento económico hay que razonar en el terreno económico y no en el moral.

ECONOMÍA Y ÉTICA

En la realidad, quienes más éxito han tenido en el mejoramiento estable de las condiciones del pobre han sido los economistas con sensibilidad humana que, desde dentro de la teoría económica, han tratado de convencer a los detentores del poder que les resulta más conveniente organizarse de una manera más igualitaria.

A pesar de la manía que le tienen amplios sectores cristianos, es probablemente Karl Marx el economista cuyos planteamientos ético-sociales están más cercanos a los del Evangelio.

Este, partiendo de la teoría clásica entonces preponderante del valor/trabajo, por la que se afirmaba que el valor de las mercancías venía medido por la cantidad de trabajo necesario para producir las, llegó a la conclusión de que los dueños del capital se estaban apropiando de unos beneficios creados exclusivamente por los obreros. Estudió asimismo los mecanismos a través de los cuales se efectuaba esta apropiación indebida. Trató de

enseñar a los obreros la manera de organizarse para desentrañar estos mecanismos y oponerse a ellos, e intentó demostrarles a los capitalistas que el funcionamiento inhumano del sistema lo llevaba a su autodestrucción.

Dejando de lado las insuficiencias que pueda haber en el análisis de Marx, hijas en gran parte de las limitaciones inherentes al pensamiento de la época y al incipiente desarrollo del capitalismo que le tocó vivir, sería mezquino negarle el logro de resultados de alcance histórico.

Los replanteamientos más igualitarios de la economía neoclásica no se habrían producido sin el aguijón del movimiento obrero organizado, tan influido por los planteamientos de Marx.

Pero también dentro del capitalismo se han dado y se siguen dando reflexiones de este tipo.

Ante la crisis de los años treinta, que dejó a miles de personas en la ruina, nada menos que un Lord inglés -John Maynard Keynes- lanzó unas propuestas de tendencia "igualitaria" que han determinado en gran parte la evolución de la economía mundial en los últimos cincuenta años.

Sostuvo como principio fundamental que la reactivación económica sólo se lograría mediante un incremento sustancial de la demanda total de bienes y servicios, lo que a su vez exigía una redistribución drástica del ingreso desde los más ricos a los más pobres, ya que éstos últimos tienen una mayor propensión a gastar una parte sustancial de su sueldo en bienes de consumo.

Se opuso asimismo a las teorías liberales de la "libre competencia", y defendió una intervención creciente del Estado en la economía para regular los canales de

esta nueva redistribución, y para crear puestos adicionales de trabajo mediante un incremento significativo del gasto público, aunque éste trajera como consecuencia "temporal" (así se pensaba entonces) presupuestos deficitarios.

La C.T.V. ha utilizado muy frecuentemente en sus cincuenta años de existencia argumentos keynesianos para justificar un alza en los salarios. En el fondo trata de convencer al Gobierno y a los empresarios que a mediano y largo plazo les irá mejor si acaparan menos.

Pero no ha sido Keynes, ni mucho menos, el último economista occidental que ha defendido planteamientos de mayor justicia basados en razones de eficiencia económica (3).

Y cada vez son más los departamentos gubernamentales de diversos países que, siguiendo modelos elaborados por las Naciones Unidas, evalúan los diferentes proyectos industriales que se les presentan bajo la óptica del costo/beneficio social, por la cual se trata de contabilizar monetariamente los pros y contras que aporta a la colectividad en su conjunto el proyecto bajo investigación (4).

Propuestas no faltan. Es preciso perfeccionarlas y profundizarlas.

NUEVAS POSIBILIDADES

Como decíamos al principio, quizás ha llegado el tiempo de que los responsables de formular la Doctrina Social de la Iglesia se planteen la posibilidad de dar un salto cualitativo en la concepción de su cometido.

El primer salto consistió en pasar desde el reclamo global y moralizante hasta un estudio del funcionamiento real de los sistemas económicos, lo cual ha permitido ofrecer consejos más pertinentes y adecuados a cada situación.

El segundo salto supondría penetrar dentro de la economía para formular propuestas que pasen del consejo estéril al convencimiento efectivo de las fuerzas sociales en pugna.

Digo de la economía porque es éste el objeto del presente artículo. Claro está que lo mismo se podría aplicar a otras ciencias sociales como la política, o a otros campos del saber. ¡Cuánto habría que decir al respecto en relación con la medicinal!

A estas alturas del proceso no resulta fácil avanzar muy lejos en la formulación concreta de soluciones. Pero sí se pueden señalar caminos.

El objetivo central del Sínodo de los Obispos que se va a reunir dentro de unas

semanas en Roma va a consistir en estudiar la misión de los laicos en la Iglesia.

Es de temer que las propuestas se pierdan en consideraciones diseñadas desde la perspectiva clerical de sus autores.

Sería mucho más beneficioso para la Iglesia y para la humanidad que el Episcopado católico del mundo entero reconociera de una vez por todas la mayoría de edad de los laicos.

En la práctica esto significaría, entre otras cosas, admitir efectivamente que los laicos saben más que los sacerdotes y los Obispos sobre temas no directamente religiosos y, en consecuencia, darles un voto de confianza para que sean ellos quienes hablen sobre estos temas al mundo en nombre de la Iglesia, y a la Iglesia en nombre de sus dirigentes.

Para llegar a esa situación se requie-

ren años de rodaje en los que, mediante el estudio conjunto de los problemas, se construya un ambiente de confianza y respeto mutuo, así como un modelo viable de funcionamiento.

Esto a su vez exigiría un cambio bastante radical de mentalidad, por el que todos los componentes de los equipos de estudio se convencieran de que en algunos temas tienen algo que enseñar, pero en casi todos los demás tienen mucho que aprender.

Claro que, a la larga, todo esto llevaría a un cambio muy profundo de la misma eclesiología. Y aquí es donde las cosas comienzan a ponerse oscuras.

Pero no hay otra alternativa si no se quiere continuar diciendo frases bellas con las que todo el mundo se declara de acuerdo sin tener la más mínima intención ni posibilidad de llevarlas a término.

NOTAS

(1) El Mensaje de los Obispos Venezolanos sobre el desempleo ha sido publicado en SIC N. 482 (1986) pp.86-88, y el relacionado con la Vivienda aparece publicado en este mismo número. El de los Obispos de Estados Unidos tiene una versión castellana editada por la misma Conferencia Episcopal Nacional de aquel país. Un buen comentario sobre el mismo en J.E.HUG: *Los Obispos americanos juzgan la economía* - Selecciones de Teología N.101 (1987) pp.29-34. El Documento del Vaticano sobre la Deuda ha sido publicado por Ediciones Trípode (Caracas) y aparece comentado en M.MUNARRIZ: *El lado humano de la deuda* - SIC N.492 (1987) pp.63-64.

(2) Un resumen reciente con especial atención a los aportes latinoamericanos en R.ANTONCICH-M.MUNARRIZ: *La Doctrina Social de la Iglesia* - Paulinas, Madrid, 1987. Comentado por L.LUGALDE: *¿Tiene algo que aportar la Doctrina Social de la Iglesia?* - SIC N.497 (1987) pp.320-321.

(3) Los planteamientos más importantes aparecen brevemente expuestos y comentados en S.K.NATH: *Una perspectiva de la economía del bienestar* - MacMillan/Vicens Vives; D.M.WINCH: *Economía analítica del bienestar* - Alianza.

(4) NACIONES UNIDAS: *Pautas para la evaluación de proyectos* - New York, 1972; NACIONES UNIDAS: *Guía para la evaluación de proyectos* - New York, 1978.

